Sabias mujeres

Versión libre del original de Molière por
Enrique Olmos de Ita

Advertencia

La comedia original del bienamado Molière aborda, en su obra Las mujeres sabias*, el tema de la simulación y pedantería que habita en los círculos de intelectualidad francesa del siglo XVII.*

Para la época del actor y dramaturgo Moliere debió ser un verdadero problema social el encuentro habitual entre la culta *burguesía y el vulgo zafío. Es común encontrar en las situaciones y personajes del comediógrafo una constante ridiculización y sátira de la burguesía, de las familias acomodadas, de sus rituales y modo de vida.*

En la obra a continuación revisada y adaptada se rescata la honda crítica que se hace de los actos pretenciosos de la aristocracia, el desdén por lo popular, y la constante de una vida con aspiraciones culteranas donde el prestigio social estaba determinado por lo suntuoso, el enaltecimiento y la magnificencia en el arte, las relaciones públicas, el academismo, el ciego elogio al prójimo, y en general una evidente lejanía por los temas comunes, ordinarios, correspondientes a sedimentos sociales bajos, pedestres; aunque en el fondo los problemas fueran los mismos después de quitarles el velo de la opulencia.

Así, el experimentado Moliere elige el tema y contexto de los literatos, sabios, versificadores, eruditos, sonetistas sin par en las salas de sus casas, escritores de coktail, para urdir un drama que involucra el matrimonio, la vanidad, el prestigio social del conocimiento y la aristocracia falsamente docta, con lo cual resulta una comedia entretenida y muy clara en su inquietud y apreciación de los temas de su tiempo.

Sin embargo el adaptador formó, en su afán por redescubrir la obra del francés y actualizarla, una manera más sutil para los tiempos que corren y cambió el contexto de los literatos por el de la oligarquía, el poder político y la retórica propia de una campaña electoral en un pequeño pueblo de nuestro país. Sin otro afán que actualizar la comedia y ponerla al servicio de nuestro tiempo.

Estructuralmente la obra no cambia, ni en la construcción de sus personajes, ni en la peripecia. Tampoco cambia la intención del viejo autor por escudriñar en la mentalidad de la nueva mujer francesa – de aquel tiempo – que en esta obra aparece como el modelo femenino del siglo XXI. Únicamente se pretende un reajuste, una nueva versión de la mirada del dramaturgo, si acaso una ampliación del horizonte develado por Moliere.

No hay intención de zaherir, ni desaprobar o menguar el papel de la mujer en la política y asuntos oficiales, simplemente se trata de actualizar la comedia de Moliere y en manos de este adaptador, se pensó que el contexto del arte culterano es pobre en significación pública y digno de una sociedad donde la literatura, aunque fuera vista como fortín aristócrata y burgués, tenía cierta incidencia en los episodios habituales de los tiempos del autor, lejanos ya y distantes del público al que pretende llegar esta obra.

Se propone además, una comedia encaminada al lenguaje y temas de nuestro entorno orientada a las mentes jóvenes, ávidas de hallar en el teatro los signos de lo que siglos antes y en un país distante se contó también, a propósito de las familias adineradas, de la celebridad social, y de los múltiples incidentes que tienen las relaciones humanas, en todas las épocas, en todas las sociedades.

Personajes

Crisalo. Padre de familia.

Filiberta. Esposa de Crisalo.

Amanda. Hija de Crisalo y Filiberta.

Queta. Hija de Crisalo y Filiberta.

Aristo. Hermano de Crisalo.

Alejandro. Galán de Queta.

El licenciado Tristán. Político que promete.

Martina. Cocinera en casa de Crisalo y Filiberta.

El licenciado Vadius. Político que también promete (Se sugiere para efectos del montaje que este personaje sea compartido con un actor de otro personaje).

El Juez. (Se sugiere para efectos del montaje que este personaje sea compartido con un actor de otro personaje).

Lugar

La acción puede ocurrir en el interior de una casa, lo mismo en el mejor barrio de Tulancingo, Pachuca, Calpulalpan o Texcoco; sirve cualquier lugar donde reine la incipiente democracia y una idea rudimentaria del capitalismo.

Sabias mujeres

I

Amanda y Queta.

Amanda. Entonces eso es.

Queta. Sí, eso es finalmente lo que tanto quería decirte.

Amanda. Ya veo.

Queta. ¿No te alegras por mí?

Amanda. ¿Alegrarme?

Queta. Pues eso esperaba.

Amanda. No mucho.

Queta. ¿Por qué?

Amanda. Creo que estás cometiendo un error y jamás me contentaré con los errores de mi hermana menor.

Queta. ...

Amanda. ¿De manera que quieres abandonar el dulce título de hija y pretendes convertirte en esposa?

Queta. Eso quiero. Sí.

Amanda. ¿Cabe soportar ese "sí" sin sentir nauseas?

Queta. ¿Qué tiene?

Amanda. ¿Estás consciente de las consecuencias?

Queta. Claro; me veo en un hogar, con niños, un esposo. Nada que me cause alteraciones.

Amanda. ¡Por favor, casarse!. Estás en la flor de la vida, en los mejores años, apenas a tiempo para buscar crecer como mujer y persona.

Queta. ¿Cómo?

Amanda. ¿Quieres estar atada a un hombre?. Vivir en la cárcel de una casa, de una familia, dedicar tus días a hijos y luego a nietos y tener que lidiar día y noche con un esposo.

Queta. Así es. Quiero tener una familia.

Amanda. ¿En serio te agradan esas cosas?

Queta. Claro, ¿A mi edad puede hacerse algo mejor que unirse, como esposa, a un hombre que me ama y que también yo amo?

Amanda. Qué triste. Yo sabía que eras un poco diferente, que no estábamos en la misma sintonía pero esto ya es el colmo ¿Casarse?

Queta. Te digo que sí.

Amanda. Te quieres casar antes que yo, que soy mayor por tres años y ni siquiera he tenido novio formal. Eres muy joven para dar el paso y además aún no acabas la carrera, ni siquiera has empezado.

Queta. No voy a estudiar nada, ya sabes que la escuela no es para mí. Yo no voy a ser una prominente licenciada como tú o como mi mamá. Prefiero dejar las cosas en paz y hacer vida de esposa.

Amanda. Deja para las gentes groseras y vulgares las cuestiones de esposo y esposa; eleva tus deseos a más altos objetivos, como nuestra madre que se ha esforzado en hacer una carrera sin par, libre, prevaleciendo y resaltando por su carácter, por su trabajo. Deja las miserias del hogar para otras.

Lo que te hace falta es entregarte por completo al conocimiento, al debate, a la crítica, al intercambio de ideas, a la discusión que provoca el devenir de nuestros pueblos, el futuro de los infantes...

Queta. Yo creo que Dios...

Amanda. Recuerda que soy atea.

Queta. Bueno, el cielo, la naturaleza o lo que sea nos hacen para diferentes misiones. No todas las cabezas son para que cuadren en la política, ni en las escuelas, ni en la filosofía, ni en el debate. Lo mío es otro.

Amanda. Lo tuyo es el instinto.

Queta. Pues prefiero seguir los impulsos de mi instinto. Tú puedes ir a triunfar a lo más alto, a lo más alto del mundo pero a mí déjame abajo, en lo simple.

Amanda. Eres tan joven y con pensamientos tan estrechos, con una visión tan limitada de las circunstancias.

Queta. Ah, por favor no empieces otra vez con tus discursos, cada vez te pareces más a mi mamá. Sólo te digo que me pienso casar y punto.

Amanda. Ya veo que eres obstinada en el asunto del matrimonio. En otras circunstancias eso sería un mérito, qué desperdicio de muchacha. En fin, por lo menos dime quién será el "afortunado".

Queta. Pues...

Amanda. Por lo menos que no sea el tal Alejandro, por lo menos.

Queta. ¿Por qué no?

Amanda. ¿Cómo que "por qué no"? Sería una falta de respeto.

Queta. ¿Qué? ¿Para quién?

Amanda. Una falta de respeto para mí, para tu hermana.

Queta. No lo creo.

Amanda. No me digas que se trata de Alejandro.

Queta. Amanda, ya sabías que nos hicimos novios y...

Amanda. Creí que sólo te pretendía, y que sabrías decir no a un tipo tan, tan, tan poca cosa.

Y además, lo más grave, ex pretendiente de tu hermana.

Queta. Nunca le hiciste caso.

Amanda. Porque siempre me pareció un pobre diablo, sin ambiciones, sin algo importante que decir, miserable y adulador.

Queta. Bueno, yo sólo recojo lo que tú despreciaste.

Amanda. Alejandro me suplicó tantas veces.

Queta. Jamás le hiciste caso, lo tratabas muy mal. Era natural que pusiera ojos en la hermana menor, pasa todo el tiempo.

Amanda. ¿Estás consciente de lo que ofrece un galán desdeñado por tu hermana? ¿Crees que te dice la verdad?

Para mí es claro que es una forma más para acercarse a mí.

Queta. Él dice que me ama y yo le creo.

Amanda. No tengas tan buena fe. Y piensa que cuando él dice que te ama y ya no me ama a mí se engaña a sí mismo. Los hombres, querida hermana, y la historia lo demuestra, no son de fiar.

Queta. No lo sé, conozco poco la historia; pero si prefieres que él lo aclare: Aquí viene.

Las mismas y Alejandro.

Alejandro. Aquí estás, mujer.

Queta. Aquí estamos.

Amanda. Pregúntale.

Queta. No sé.

Alejandro. ¿Qué cosa?

Queta. Sólo para salir de una duda que me sugiere mi hermana, puedes aclarar sinceramente el asunto de tu viejo interés por ella.

Alejandro. Claro, ¿pero por qué dudas?

Queta. Es para estar segura.

Amanda. Seguras.

Alejandro. Bueno. Sucedió que durante la prepa, como bien lo sabes, me atrajo mucho tu hermana y aunque no encontré más que antipatía me obstiné en seguir sus pasos y elogiar sus éxitos, estar cerca de ella haciéndole toda clases de favores.

Queta. Un lambiscón.

Alejandro. Sí.

Queta. Como un mandadero cualquiera.

Alejandro. Pues sí.

Queta. Un gato.

Alejandro. Que sí.

Queta. Ah, ya entendí: Un vasallo.

Alejandro. Algo así, gracias.

Por ejemplo cuando ganó la presidencia de la sociedad de alumnos o cuando consiguió uniformes para nuestro equipo de futbol yo estaba ahí, a un lado de ella, siempre atendiendo lo que necesitaba. Y siendo de mi edad Amanda no me había fijado en ti porque te veía muy joven, una niña, pero...

Amanda. Conozco a los hombres y sé lo que les molesta una explicación cara a cara con su pasado. No te preocupes, está bien, no hay problema.

Alejandro. No me molesta explicar mi interés en tu hermana Queta. Yo no tengo problema en reconocer que la miré bien y noté que tenía todo lo que en ti admiraba y nuevas virtudes, suyas todas, que la hacían más completa, como que más para mí, para alguien como yo.

Espero y no te ofenda.

Amanda. Para nada, además tú no eras para alguien como yo. Aunque todavía no sé si eres para mi hermana. De lo que estoy segura es que la decisión del matrimonio debe contar antes con la autorización de mi mamá, si no es pura fantasía.

Queta. Y de papá también.

Amanda. Bueno, también de él.

Queta. Pues sólo nos quedará buscar a nuestros padres para que confirmen nuestro amor y empecemos con los preparativos de boda.

Alejandro. En eso pensaba, justamente, sólo esperaba tu consentimiento para pedir tu mano.

Queta. ¡Estoy tan emocionada!

Amanda. Crees que esto es un triunfo y que me disgusta, pero siendo honesta tengo cosas más importantes en qué pensar.

Queta. No creo que yo pueda distraer algo de tu ocupada vida ejecutiva. Sólo te pido que me ayudes a que esto llegue a buen puerto, y a apresurar el feliz momento de nuestra boda entre Alejandro y yo.

Amanda. Como bien lo dices mi ocupada vida ejecutiva no permite distracciones, así que prefiero que cada quien se vaya con su cada cual; y que el gato se rasque con sus propias uñas. Con permiso.

Alejandro y Queta.

Queta. Creo que se fue sorprendida con nuestra confesión.

Alejandro. Sí; me da gusto ver dañado su orgullo, por fin.

Queta. Sólo queda buscar a mis padres.

Alejandro. ¿Qué propones?

Queta. Mira, mi madre está un poco ocupada estos días con lo de la campaña electoral; ella es directora del comité de campaña, así que será más fácil localizar a mi padre, por lo menos en estos días.

Alejandro. Pues vendré a buscar a tu padre para recibir su conformidad lo más pronto posible.

Queta. Bien, aunque con él no hay problema, accede a todo. Lo que veo realmente difícil es mi madre, que es la que en verdad gobierna aquí. Tendrás que ganarte su estima y confianza.

Alejandro. Ya sé que tu madre no será fácil; con todo lo de la campaña del licenciado Tristán se le ve más en la calle que en tu casa...

Queta. Y tiene un humor que no vale la pena estar cerca de ella.

Y todo el tiempo pensando en discursos, en proyectos de intención del voto, en arengas, palabras y frases domingueras; propuestas campesinas, escolares, de madres solteras, ancianos, en fin, un enredo total que poco o nada tiene que ver con su familia.

Alejandro. Ya veo.

La cosa no está fácil.

Queta. Que sea presidenta del comité de campaña de Tristán es un lío para todos.

Alejandro. No te preocupes, que aunque de política y leyes no sé nada, espero que mi corazón sincero sea suficiente para convencer a tu madre.

Queta. Ojalá alcance con un corazón sincero.

Alejandro. Primero me voy a acercar a tu tío, porque con él tengo más confianza.

Queta. ¿Mi tío Aristo?

Alejandro. A él. Sabrá cómo empezar.

II

Aristo.

Aristo. Ya me estoy saboreando el mole y la bailada en la fiesta de mi sobrina. Ojalá que se nos haga, ojalá que se nos haga y que sirvan buen pulque, barbacoa y enchiladas.

Hay que apresurar las cosas, siempre es mejor cuando están calientitas las tortillas..

Si el amor fuera un rico filete, un buen caldo pozolero, o una ensalada de nopales y verdolagas, yo sería el hombre más enamorado del mundo.

Aristo y Crisalo.

Aristo. Qué paso, querido hermano.

Crisalo. ¿Cómo andas Aristo? ¿Qué dice la cruda?

Aristo. ¿Qué pasó?

No, hoy ando entero, muy entero.

Crisalo. Qué raro.

Aristo. Oye, ¿Estás muy ocupado?

Crisalo. ¿Me veo muy ocupado?

¿Por qué lo dices?

Aristo. Como tu esposa está tan entrada en la campaña, creí que le estabas ayudando a ganar votos.

Crisalo. Mi esposa y yo somos personas diferentes, muy diferentes, y cada quien hace lo que le place, es lo más sano.

Yo no me presto para esos juegos de política y ella no se mete en mis negocios.

Aristo. ¿Ahora en qué andas?

Crisalo. Estoy pensando en algo grande, se me hace que será un bombazo, algo magnánimo; todavía no es seguro, pero ya verás.

Aristo. ¿Pero qué es?

Crisalo. Has oído del *internet*.

Aristo. No mucho.

Crisalo. Pues tú serás mi primer cliente, nada más para que lo conozcas.

Aristo. ¿Y cómo es el señor ese?

Crisalo. No, tú si estás bien tapado, más ranchero que tú ni el pulque.

Por ahora te digo que voy a ser el primero en traer *internet* al pueblo, ya verás que es un negocio bueno, en la capital dicen que va a pegar en grande, en grande.

Aristo. Pues yo te traigo una noticia en grande, en grande, que ojalá te agrade.

Crisalo. ¿Sí?

Aristo. Se trata de mi sobrina Queta.

Crisalo. La vi en la mañana y estaba perfecta, qué pasó con ella.

Aristo. Calma; sólo me encomendaron que les ayudara...

Crisalo. ¿A quiénes?

Aristo. A Queta y su novio, con el que planea casarse.

Crisalo. ¿Casarse?

Aristo. Así es hermano mío, ya hueles a suegro, canijo.

Crisalo. Caray, era algo que tenía en mente.

¿Tan pronto? Pero dime quién es el afortunado.

Aristo. El hijo del ebanista.

Crisalo. Alejandro.

Aristo. El mismo.

Crisalo. Ya sabía que ellos tenían un amorío entre manos.

Aristo. ¿Sí?

Crisalo. Algo intuí.

Aristo. ¿Y qué piensas?

Crisalo. Si eso quiere mi hija.

Aristo. Eso quiere.

Crisalo. Pues entonces Aristo dame un abrazo porque seré suegro y luego abuelo y luego bisabuelo. Ya era hora, más vida en esta casa, más gente, más alegría.

Aristo. Y más comida.

Crisalo. El tiempo no pasa en vano.

Aristo. Venga para acá.

Crisalo. Además el hijo de don Chucho es un buen tipo.

Aristo. Excelente joven.

Crisalo. Y recuerda Aristo que Chucho y yo somos muy amigos.

Aristo. Además de excelente ebanista, muy buen camarada.

Crisalo. Gran tipo.

Aristo. Alejandro piensa venir a pedir la mano de Queta.

Crisalo. Entre antes mejor, para empezar los preparativos de boda.

Aristo. Entonces le mando decir que sí.

Crisalo. Por supuesto.

Aristo. Sólo hay un problema.

Crisalo. ¿Cuál?

Aristo. Tú lo sabes, no te hagas...

Crisalo. Ni me hago ni me parece tan visible el problema. Son jóvenes, es cierto, pero ni él es tonto, ni mi Queta una inútil, y los dos parecen entenderse muy bien, además yo les voy a regalar la boda, y tal vez una casita...

Aristo. Crisalo....

Crisalo. ¿Qué?

Aristo. Ya sabes... Tu esposa, tu mujer, Filiberta es el problema.

Crisalo. Bueno, es cosa de convencerla y ya.

Aristo. Los dos sabemos que no es tan fácil y que aunque te molestes, quien manda aquí es tu mujer, ella tiene los calzones bien puestos en esta casa.

Crisalo. ¿Y yo?

Aristo. Pues medio flojos.

Crisalo. Digamos que es una mujer emprendedora.

Aristo. Mandona. Y se me hace que no le gustará mucho la idea de que Alejandro y Queta se hagan marido y mujer. Ya sabes que a Filiberta no le gustan más que jóvenes promesa de diputados, o abogados eminentes.

Crisalo. Eso ya lo sé.

Aristo. La felicidad de Queta está en tus manos.

Crisalo. Haré lo que pueda.

Aristo. No, no harás lo que puedas, eso no es suficiente para tu hija. Tendrás que imponerte, por primera vez, y hacer valer tu voz.

Crisalo. Mi voz vale.

Aristo. Vale muy poco, casi nada.

Crisalo. ¿Te burlas de mí?

Aristo. No, para nada.

Crisalo. Pues te advierto que el asunto está controlado y que yo respondo por mi esposa.

Aristo. Eso es cosa de verse.

Martina, Crisalo y Aristo.

Martina. ¡Perra suerte la mía! Bien dicen que quien quiere ahogar a su perro le acusa de estar rabioso.

Crisalo. ¿Qué pasa Martina?

Aristo. ¿Qué tienes?

Martina. Más bien, qué no tengo.

Aristo. ¿Qué te sucede?

Martina. Lo peor. Sólo esto me faltaba, maldita mi suerte.

Crisalo. Pero qué pasó, Martina, qué tienes.

Martina. Será que hoy me levanté con el pie izquierdo.

Crisalo. Será mejor si te explicas.

Martina. Pues que me despidió la señora.

Aristo. ¿Despedida?

Crisalo. ¿Despedida?

Martina. Sí; la señora me echa a la calle.

Crisalo. No entiendo.

Martina. Yo pensaba que cuando el día llegara me rompería en llanto, pero más bien se me saltan los ojos de coraje.

Aristo. Ya veo.

Crisalo. No te puedes ir, yo estoy contento con tu trabajo de años, desde que mis dos hijas eran unas niñas. Han crecido contigo más que con su madre, y...

Aristo. Y tu exquisito mole.

Martina. Pero la señora no entiende más que sus razones.

Aristo. Ahí viene.

Los mismos y Filiberta.

Filiberta. ¿Todavía aquí?

Martina. Sí señora.

Filiberta. Espero que tus cosas estén fuera pronto, porque hay que buscar un reemplazo, naturalmente, lo antes posible, y debe estar desocupado tu cuarto.

Martina. Pues sí.

Crisalo. No te vayas Martina, aquí te quedas hasta todo sea claro para mí, porque veo todo muy confuso y enredado.

Aristo. Y yo también.

Crisalo. ¿Qué pasó con Martina?

Filiberta. Está fuera, perdió mi confianza. Voy a poner un anuncio en el palacio municipal, solicitando una nueva camarada, dispuesta a resistir los embates y acometidas de esta casa, con honor y fidelidad tal y como lo exigen los nuevos tiempos.

Crisalo. ¿Qué hizo? ¿Rompió otro vaso, una cazuela? ¿O es que te sigues robando el papel higiénico?

Martina. No, ya no.

Crisalo. No entiendo entonces.

Martina. Pues la señora, que porque no soy del partido, ni de la votación, ni de nada que sea la causa.

Crisalo. ¿Qué?

Filiberta. Como bien lo dice la traidora, me creerás que después de quince años de servicio en esta casa, la muy ingrata no pensaba en darle su voto a la causa.

Aristo. ¿Cuál causa?

Filiberta. ¿Cómo qué cuál causa? La del licenciado Tristán, naturalmente. Para las elecciones.

Martina. Pero es porque no tengo credencial de elección.

Filiberta. De elector.

Martina. Pues eso.

Crisalo. ¿Y sólo porque no puede votar?

Filiberta. Hay algo peor, le pregunté a la condenada Martina que si tuviera credencial votaría por el licenciado Tristán; y ¿sabes qué respondió?

Aristo. Ni idea.

Filiberta. Que prefería no votar a darle su voto efectivo al licenciado Tristán. Estamos, indudablemente frente a un caso típico de anarquía.

Martina. Es que yo no les creo nada a esos bribones.

Filiberta. La democracia no es de bribones.

Crisalo. Bueno, bueno, ¿y qué más?

Filiberta. Pues en mi casa no voy a alimentar la crisis del abstencionismo, ni una conspiración anárquica en contra de la estabilidad de nuestro sistema electoral. Y además está dando la espalda a la causa revolucionaria del licenciado Tristán, prócer de nuestras tierras; lo cual ya es bastante grave considerando que soy yo la presidenta del comité de campaña.

Crisalo. Creí que Martina era culpable de mayor delito.

Filiberta. ¿Poco te parece el deshonor a la patria, al partido y al pueblo?

Un voto puede definir la contienda. En estos tiempos coyunturales, de quehacer político mediático; en estos tiempos para cerrar filas, donde uno se da cuenta de quiénes son sus verdaderos amigos, aliados,

correligionarios; cuando la causa social y política exige unidad total, Martina ha conspirado contra los principios de nuestra asonada por intereses mezquinos; debe irse Martina antes de que la manzana podrida contagie a las otras manzanas.

Porque: ¡Unidos venceremos!

Aristo. ¿Y sólo por eso se va?

Crisalo. ¿Se va?

Filiberta. Claro que se va. No quiero obstáculos a los deseos que expreso.

Crisalo. Sí.

Filiberta. ¿Cómo?

Crisalo. De acuerdo, no hay problema.

Filiberta. Siendo esposo razonable debes participar en mi enojo.

Crisalo. Lo hago. Creo que no hay más, querida Martina.

Filiberta. Sin sentimentalismos, por favor. Mi ley es implacable, las emociones la hacen menuda.

Crisalo. Martina, no puedo hacer más, es una orden de mi esposa, ya sabes que no puedo contradecirla; y el respeto a las causas institucionales.

Aristo. Ya sabía yo.

Martina. Al fin, la señora es la que manda.

Aristo. Si no quieren a Martina, yo con gusto me la llevo a mi casa, me hace falta con urgencia alguien que la ponga en pie.

Filiberta. Bien, si lo que quieres querido cuñado es llevarte a una defensora del peor régimen: la anarquía. Adelante, que la nación te lo demande.

Martina. Diga lo que quiera, pero yo jamás seré de los que nada más hablan y prometen y no hacen nada. Puro parloteo inservible.

Filiberta. Sin agravios, que somos civilizados. No debemos desviar los niveles del debate.

Martina. Yo no he ofendido a nadie. Ni creo en la causa, ni en los políticos, ni mucho menos en el licenciado Tristán, otro que nada más quiere el poder para andar sermoneando.

Filiberta. Esto es intolerable. Un complot. Se trata de un complot.

Martina. No que complot, ni que la cocinera; usted está tan embobada con sus cosas de política que ya ni se da cuenta de las cosas importantes, que pasan en su casa.

Y se me hace, además, nada más se me hace que van a perder las elecciones.

Filiberta. No seas radical. Nada hay peor que el radicalismo y la cerrazón. Y sólo espero querido Crisalo que la conspiradora salga pronto de mi casa.

Me voy porque tenemos que departir con los ancianos del pueblo, el licenciado Tristán les ha prometido la construcción de un asilo.

Crisalo. Sí, Martina, debo consentir su capricho. Ya luego veré la forma de que vuelvas.

Martina. Si así es la cosa.

Aristo. Así es.

Aristo y Crisalo.

Crisalo. Se ha ido Martina.

Aristo. Y yo salí beneficiado de este lío: su exquisito mole, su carne en salsa de tamarindo, pescado al ajillo.

Crisalo. Deja ya de pensar en comida.

Aristo. Entonces hay que pensar en mi sobrina. Con tu actitud no llegará muy lejos su intención de matrimonio.

Crisalo. No quiero contradecirla ahora que está tan susceptible.

Aristo. Ajá.

Crisalo. Martina era la única que quedaba cuerda en esta casa, y ahora ya ni ella. Todos están tan metidos en esas patrañas de la campaña.

Si quiero que el chofer me lleve a la plaza llega siempre tarde porque está muy ocupado repasando la historia de los caudillos, si pido algo para comer o beber las cocineras están muy ocupadas leyendo la constitución, y el jardinero, por ejemplo, es parte del comité de campaña de jardines y parques en el partido, con Tristán y mi mujer, y el jardín de la casa parece selva.

Mi hija mayor se la pasa haciendo discursos y redactando propuestas.

Aristo. Para que veas que estás solo y sin perro que te ladre.

Crisalo. También el perro se fue, es la imagen publicitaria del partido. Dicen en el partido que defenderán al pueblo como perros.

Aristo. Ya veo.

Crisalo. Para complacer a mi esposa mis criados aspiran también al discurso y las promesas de campaña.

Aristo. Creo que la cosa está dura, sobretodo para el asunto de mi sobrina Queta ¿no?.

Crisalo. Un poco. En otro momento verás que la cosa es diferente.

Aristo. ¿Y cuándo vas hablar con tu esposa?

Crisalo. Hoy por la noche. Es cuando no está tan ocupada y creo que podré empezar a negociar por el bienestar y prosperidad de nuestra querida Queta.

Aristo. Ya se te está pegando lo de los discursitos.

Crisalo. Es como un virus.

Aristo. Sí, muy pocos no estamos enfermos.

Pues que tengas suerte por el bien de mi sobrina hoy en la noche, aunque yo lo veo muy difícil. Mira lo mal que te estabas.

Crisalo. Ya, ya, no me calientes la sangre.

III

Filiberta y Crisalo, por la noche.

Filiberta. Ya se acerca el día de la elección.

Crisalo. Muy cerca.

Filiberta. Qué bueno que tenemos aunque sean unos minutos para nosotros, después de tanto trajín.

Crisalo. Sí, qué bueno porque tenemos algo importante de que hablar.

Filiberta. Sí, algo muy importante. Tiene que ver con nuestra afrenta al electorado, para recoger las demandas ciudadanas y emprender la progresión de nuestras propuestas, ancladas en la complementación de la figura pública y su núcleo de vida...

Crisalo. No se trata de la elección, ni del partido, no.

Filiberta. ¿Entonces?

Crisalo. Se trata de nuestra hija Queta.

Filiberta. Muy bien.

Crisalo. Después de hablar con ella y con mi hermano y de pensarlo largo rato creo que es conveniente que se case.

Filiberta. Sí. Por eso somos el uno para el otro querido Crisalo, lo mismo estaba yo pensando y de lo mismo quería hablarte, y sí tiene relación con el partido.

Crisalo. ¿Sí?

Filiberta. Sí. He decidido que dado su pobre desempeño escolar, su falta de interés por los temas de la sociedad y su creciente vanidad y coquetería se haga mujer de un hombre honesto, valeroso, luchador incansable...

Crisalo. Sí.

Filiberta. Claro que sí. He decidido que sea la esposa del licenciado Tristán.

Crisalo. ¿Qué?

Filiberta. Así como lo oyes.

Crisalo. Pero si es más viejo que yo, y usa peluquín. Es renco y apenas ve.

¿Cómo que Tristán?

Filiberta. Por supuesto. Hoy en las oficinas del comité de campaña nos dimos cuenta que el licenciado al ser soltero nos puede restar el voto de los matrimonios del pueblo, los mancebos no son bien vistos en la política y además alguien tiene que ocupar el lugar de primera dama del municipio.

Lo mejor es que sea nuestra hija.

Crisalo. No.

Filiberta. ¿Cómo que no?

Sí, y no se dice más del tema.

Crisalo. ¿Te acuerdas de Chucho, mi amigo?

Filiberta. ¿El ebanista?

Crisalo. Sí, él. Pues su hijo Alejandro quiere pedir la mano de nuestra hija menor.

Filiberta. No creo que sea buena idea. No es conveniente y no vale la pena, ya dije.

Crisalo. Pero yo ya le dije que sí al muchacho. Además ni está chueco ni tiene que usar peluquín.

Filiberta. ¿Qué hiciste qué?

Crisalo. Mandé decirle que sí.

Filiberta. Ah, te gusta darme problemas y ahora que estoy tan ocupada. No puedes estar un día sin darme un problema, una preocupación, una inquietud.

Crisalo. Perdón.

Filiberta. Como sea, lo tomaré como una broma, una falsedad.

Y no toleraré burlas al licenciado Tristán sólo porque no tiene las perfectas piernas que tú o yo poseemos. Al contrario, su sacrificio y virtudes personales lo han llevado a sobrellevar un mal congénito

y superarlo al grado de estar en la antesala de la presidencia municipal de nuestro seis veces honorable pueblo. Y su vida es una hermosa lección de superación personal.

Crisalo. Pero...

Filiberta. Pero nada, no hay más. Hablaré con nuestra hija y verás que la convenzo de tomar al licenciado Tristán por marido.

De aquí a la gobernatura del estado, luego una diputación, una senaduría y después la presidencia de la República. Ya veo al licenciado Tristán el día de su nombramiento, con mi hija al lado.

Crisalo. Ajá.

Filiberta. Y piénsalo, tal vez luego yo pueda también acceder a los cargos de elección popular. Imagínate: "Filiberta Godínez para presidenta municipal".

Crisalo. Sí, verdad.

Filiberta. Bueno, ya habrá tiempo para soñar. Me voy a preparar para dormir, estoy rendida.

IV

Aristo y Crisalo.

Aristo. ¿Hablaste ayer con tu mujer?

Crisalo. Pues sí.

Aristo. ¿Y qué pasó?

Crisalo. No está fácil la cosa.

Aristo. ¿Tu mujer se niega?

Crisalo. No.

Aristo. ¿Duda?

Crisalo. Pues no.

Aristo. Entonces...

Crisalo. Me propone otro yerno.

Aristo. ¿Otro?

Crisalo. Otro.

Aristo. ¿Qué se llama?

Crisalo. El licenciado Tristán.

Aristo. ¡Cómo! Ese político vejestorio, con mal aliento y además cojo.

Crisalo. Que según esto necesita una esposa como primera dama, para la presidencia municipal; y mi mujer y el comité pensaron en Queta.

Aristo. Cómo si fuera tan fácil dar a una persona por esposa.

Crisalo. Para ellos es lo de menos, con tal de ganarse un par de votos.

Aristo. ¿Y qué respondiste?

Crisalo. Pues nada. Por lo menos así no me comprometo.

Aristo. Por lo menos.

Crisalo. Esto es cosa de prudencia.

Aristo. ¿Prudencia? ¿No te avergüenza tu debilidad?

Crisalo. No sabes lo que dices, si vivieras con esta mujer un solo día.

Aristo. ¿Es posible que haya un hombre tan poco hombre que conceda a su mujer poder absoluto en su propia casa?

Crisalo. Entiende que mi mujer tiene un humor terrible y que yo amo la paz y el reposo. Las cosas han cambiado, ahora las mujeres llevan el mando, algunas.

Aristo. Eres un mandilón. Ya ni tus criados te respetan.

Crisalo. Es que cuando mi mujer toma un tono de voz tan alto parece un dragón, me atemoriza; es un demonio, y aún así he de llamarla “querida” y “mi amor” y dormir a su lado todas las noches.

Aristo. ¿Te burlas de ti mismo?

Crisalo. Es que...

Aristo. Es que, es que.

Bien sabes que tu mujer ejerce dominación total sobre ti a causa de tu debilidad.

Crisalo. En un matrimonio, en alguien debe caber la prudencia.

Aristo. No se trata de prudencia, se trata de miedo.

¿No puedes por una sola vez, y por el bien de tu hija dejar de acobardarte ante tu mujer y que se impongan tus deseos?

Crisalo. Tú no entiendes porque no estás casado.

Aristo. Justamente porque no estoy casado entiendo perfecto que eres un manso marido de pacotilla.

Crisalo. Tal vez.

Aristo. No tal vez, sabes que es cierto y que está en ti, aunque sea por una vez, cambiar la historia de tu maridaje y darle además felicidad a mi sobrina Queta.

Crisalo. Tienes razón, he sido un poco cobarde.

Aristo. ¿Un poco?

Crisalo. He sido un cobarde.

Aristo. Un asustadizo.

Crisalo. Tal vez.

Aristo. Un pobre diablo.

Crisalo. Bueno no tanto.

Aristo. Un mandilón.

Crisalo. Casi.

Aristo. Un corderito.

Crisalo. Eso está mejor.

Aristo. Un gallina.

Crisalo. Oye, ahora sí te estás aprovechando.

Aristo. Era sólo para confirmar, estar seguro.

Crisalo. De lo que yo estoy seguro es que esta vez no me dejaré, no señor.

Aristo. Ojalá.

Crisalo. ¿Sabes qué hay que hacer?

Aristo. No.

Crisalo. Pues darnos prisa y acelerar las cosas con Alejandro.

Aristo. Eso, ganarles el mandado.

Crisalo. Claro. Ahora sí les voy a demostrar que soy todo un hombre, carajo, faltaba más.

Aristo. Bueno, vamos a comer unos buenos tacos al pastor y unas quesadillas, para festejar nomás.

Crisalo. Pero casi acabamos de comer.

Aristo. Las buenas nuevas sin pan no cuentan, además tienes que llenar el estómago para que no te haga falta valor en la afrenta.

Crisalo. Por eso estás tan marrano.

Aristo. Si mi trabajo me ha costado.

V

Filiberta, Amanda y el licenciado Tristán.

Filiberta. Ya quiero escucharlo.

Amanda. Seguro será innovador y perspicaz.

Filiberta. Una reforma específica y clara a los sistemas actuales de conjugación política.

Amanda. Un replanteamiento del papel del estado y del sistema parlamentario en las sociedades modernas.

Tristán. Espero no decepcionarlas.

Filiberta. Qué va, este discurso pasará a la historia.

Amanda. A la historia de las ideas.

Filiberta. Sin duda.

Tristán. Me llevó noches en vilo y horas enteras de ardua meditación.

Filiberta. Cuánto amor a la patria.

Amanda. Sino callamos jamás lo escucharemos.

Tristán. Bien, aquí va la introducción de la disertación: La imprudencia palmaria de nuestro sistema de organización político y social, y el desorden imperante del régimen actual que no permite el libre desarrollo de nuestras mentes jóvenes, ni el pleno avance de nuestra fuerza trabajadora, y el olvido sistemático de nuestros adultos mayores tiene un origen visible, evidente para cualquiera que tropiece con la ebullición de la historia.

Si nos remontamos a Plutarco...

Amanda. Excelente.

Filiberta. Va muy bien.

Tristán. Es sólo el comienzo, y aún no acabo de escribirlo.

Amanda. ¿No?

Tristán. Desde luego que no. Apenas voy a la mitad.

Filiberta. ¿Cuántas páginas son?

Tristán. Llevo sólo veinte cuartillas.

Amanda. ¡Insuperable!

Filiberta. Será un verdadero golpe al tradicionalismo público y a las figuras políticas de los partidos adversarios.

Amanda. Con toda seguridad no habrá un discurso similar en toda contienda política.

Tristán. Ojalá se hallen algo más que elogios en sus palabras.

Amanda. Es sólo la verdad.

Tristán. Me preocupa que estas líneas no sean tan elevadas para el común de los votantes.

Amanda. Son pura simpleza.

Filiberta. Palabras para la gente, muy fáciles sin duda, no se preocupe licenciado.

Los mismos y Queta y el licenciado Vaduis.

Amanda. Llaman a la puerta.

Queta. ¡Voy!

Amanda. ¿Será el diputado?

Filiberta. Seguramente.

Tristán. El licenciado Vadius está deseoso de conocerlas. Sabe que han hecho un gran trabajo.

Amanda. Es toda una personalidad.

Queta. Está en la puerta un tal licenciado de no sé qué...

Filiberta. Por favor, hazlo pasar, es nuestro invitado.

Amanda. ¿Cómo está mi peinado?

Filiberta. Perfecto.

Tristán. Tal vez pueda escuchar algo de mi discurso de clausura de la campaña.

Amanda. Lo impresionará.

Filiberta. ¿Cómo se me ven los aretes, combinan con el saco?

Amanda. Sí mamá.

Queta. Aquí está.

Tristán. Licenciado Vadius.

Vadius. Licenciado Tristán, genio y figura.

Tristán. Por favor, usted es el prócer del estado.

Vadius. Y usted el insigne próximo presidente municipal de este hermoso lugar.

Tristán. Permítame abogado presentarle a la rectora del comité de campaña de un servidor, la señora Filiberta Godínez.

Vadius. Un placer, estoy a su merced.

Tristán. Y su hija, la señorita Amanda.

Vadius. Aquí la belleza brota en cada esquina.

Queta. Con su permiso.

Tristán. No te vayas Queta, haznos el favor de pasar el rato con el diputado y con un servidor.

Filiberta. No seas descortés Queta, por favor. Toma asiento.

Vadius. Qué hijas tan bellas tiene usted, señora Filiberta.

Filiberta. Muchas gracias.

Vadius. ¿Y cómo va la campaña?

Filiberta. Más que bien.

Tristán. De lo mejor, casi el triunfo en la bolsa.

Vadius. Eso es justamente lo que el partido quiere de sus agremiados, una profunda visión política y un compromiso total con su pueblo, con su tierra.

Amanda. Estábamos escuchando justamente la introducción del discurso de cierre de campaña del licenciado Tristán.

Filiberta. Es genial.

Vadius. No lo dudo.

Tristán. Tal vez quiera el licenciado escuchar una parte.

Vadius. No, muchas gracias, tengo un poco de prisa, usted sabe, hay que regresar a la cúpula del debate público y el libre ir y venir de ideas: la cámara, y naturalmente no quiero llegar tarde. Quizá en otro día.

Tristán. No se apure.

Vadius. Sí, tengo un poco de prisa, sólo quería darle mi apoyo moral y desearle éxito, no suerte porque es claro que no la necesita.

Tristán. Muchas gracias licenciado.

Por lo menos se queda a comer.

Vadius. Pues dígame qué preparó su esposa.

Tristán. ¿Esposa?

Vadius. Sí, debe estar en la cocina, supongo.

Tristán. Pues yo no estoy casado.

Vadius. ¿No está?

Tristán. No diputado, no he encontrado a la persona...

Vadius. Entonces son ciertos los rumores.

Amanda. ¿Rumores?

Vadius. Usted sabe, la gente habla, se dicen cosas.

Tristán. No haga usted caso.

Filiberta. ¿Qué se dice?

Vadius. Pues que el ilustre licenciado es medio...

Filiberta. ¿Medio?

Vadius. Rarito, digamos.

Queta. Esa no me la sabía.

Filiberta. No creo, no es posible.

Amanda. Son habladurías de sus enemigos políticos.

Vadius. Habladurías o no, es inconveniente que el abogado no tenga esposa. Eso nos puede restar votos. Sobretodo entre las familias que guardan la moral y las buenas costumbres.

Tristán. Pero...

Vadius. Yo no tengo nada contra usted pero creo que su rumbo está errado.

Tristán. ¿Por qué?

Vaduis. Usted sabe cómo son en la capital, si lo ven soltero no lo van a querer dentro del partido y perderá fuerza su carrera política. Usted sabe.

Tristán. No creí que fuera tan grave la soltería.

Vadius. Lo suficientemente grave para que el comité de organización política del partido, dirigido en su mayoría por mujeres casadas por las tres leyes le retiren su apoyo. No podemos levantar la bandera de las buenas costumbres y de los valores familiares si usted no tiene, por lo menos, una esposa, ya no se digan hijos y un bonito pastor alemán.

Tristán. Lo del pastor alemán lo resuelvo fácilmente.

Vadius. ¿Y lo demás?

Filiberta. Pero si esto ya lo teníamos contemplado. Ayer mismo hablé con mi esposo al respecto.

Tristán. ¿Sí?

Filiberta. Por su puesto. Todo bajo control.

Vadius. ¿Cómo?

Filiberta. Simple: El ilustre abogado Tristán se casará con mi hija Queta.

Tristán. ¿Sí?

Filiberta. Claro.

Queta. ¿Qué?

Filiberta. Yo sé que tienes una clara vocación por el matrimonio, que tus inquietudes son formar una familia, tener una linda boda.

Queta. Pero yo no quiero casarme con el licenciado Tristán.

Filiberta. Ya vas a empezar con tus necedades.

Tristán. Esta boda con que se me honra. No sé qué decir, estoy feliz.

Queta. No me abrace, por favor, todavía no somos nada.

Tristán. Pero muy pronto.

Vadius. Ojalá que antes de la elección.

Amanda. Te das cuenta de cuánto te ama nuestra madre; no podía encontrarte mejor esposo.

Queta. Ah, no te burles.

Amanda. No es burla, es envidia de la buena.

Queta. Si tanto te gusta quédate con él.

Filiberta. Queta, por favor.

Queta. Además mi hermana es la vocera oficial de la campaña, no sería mal visto que se casara con el candidato, pasa todo el tiempo, en todas las épocas.

Filiberta. No quiero refutaciones a mis propósitos.

Tristán. Para mí esto es muy importante, estoy muy agradecido doña Filiberta, le prometo que seré un buen yerno.

Filiberta. Sin duda.

Vadius. Ojalá sea pronto el casamiento.

Filiberta. Deberá ser cuanto antes.

Vadius. Bien, yo me voy porque tengo otros compromisos, me da gusto ver que todo se ha realizado de acuerdo a los esquemas de organización social que rigen nuestra colectividad desde tiempos inmemoriales, hoy ha nacido una nueva familia en el seno de un pequeño pueblo donde reinan las buenas costumbres, las prácticas de la buena estirpe y la relación natural entre semejantes.

Tristán. Esto hay que celebrarlo. Les invito un trago.

Vadius. Caray, suena bien, pero tengo algo de prisa.

Filiberta. Aunque sea una cervecita diputado.

Vadius. Pues vamos.

Filiberta. Sí, vamos.

Amanda. ¿Tú no vas hermana?

Queta. No gracias, no tengo nada que festejar.

Amanda. Bueno, yo voy por un abrigo y los alcanzo.

Tristán. Caray, qué afortunado soy.

Crisalo, Aristo, Alejandro, Queta y Amanda.

Crisalo. A ti te estaba buscando, hija.

Aristo. ¿Dónde estabas sobrina?

Crisalo. Parece que no tuvieras interés, ni felicidad. Quita esa cara, y quítate también el guante para dar la mano al señor Alejandro. Desde ahora considerándolo como el hombre con quien deseo verte casada.

Amanda. Pero mi hermana no puede comprometerse...

Queta. Hay que obedecer a nuestros padres hermana. Un padre tiene sobre sus hijas entero poder.

Amanda. También una madre.

Crisalo. ¿Qué dices hija?

Amanda. Que mi madre ya comprometió a mi hermana, y será otro su esposo.

Crisalo. ¿Cuándo lo hizo?

Amanda. Hoy mismo.

Crisalo. Malaya.

Aristo. Esto ya se acabó.

Crisalo. Nada de que esto se acabó. Amanda, hija, ve a decirle a tu madre que no sólo no estoy de acuerdo con el esposo que le ha dado a tu hermana sino que yo le impongo al joven Alejandro, y no quiero que se oponga a mis pretensiones.

Aristo. Excelente.

Alejandro. Qué feliz me hacen sus deseos don Crisalo.

Crisalo. Toma su mano y que se formalice de una buena vez el matrimonio.

Aristo. Eso es.

Alejandro. Esperaba este momento ansioso.

Queta. Por fin.

Crisalo. Qué felicidad siento.

Aristo. Y yo qué hambre siento, esto hay que celebrarlo con unas enchiladas y un buen pulque.

VI

Amanda y Filiberta.

Amanda. Aceptó sin titubear la voluntad de mi padre.

Filiberta. Ya veo.

Amanda. Parecía querer desafiar las órdenes de su madre.

Filiberta. La oveja negra de la familia.

Amanda. Por lo menos, por mínima cortesía debía consultar a su madre.

Filiberta. Cortesía, por respeto a las instrucciones que he dado, pero ya verán esos dos, tu padre y tu hermana, cómo es que se cumplen mis deseos.

Las mismas y Alejandro.

Amanda. Y mira quien viene ahí.

Filiberta. Ese truhán aún no consigue lo que quiere.

Amanda. Si yo fuera tú jamás permitiría que este tal Alejandro llegara a ser el esposo de mi hermana Enriqueta. Porque él es tan apático, tan indiferente. Por ejemplo bien sabe de nuestro interés por las causas políticas, por la prosperidad social y el bienestar de las familias de nuestra comunidad, sabe del intenso trabajo que hacemos en la campaña del licenciado Tristán y jamás se ha interesado en ayudar, en levantar una pancarta, una consigna.

Filiberta. Es un bárbaro.

Alejandro. Veo que hablan de mí.

Filiberta. A quien le pruebe el saco que se lo quede.

Alejandro. Un poco de compasión.

Amanda. No haces méritos.

Alejandro. Sólo quiero que tu madre sea un juez equitativo.

Filiberta. ¿Un juez equitativo? ¿Cómo puedo ser un juez equitativo cuando sé que primero pretendías a mi hija Amanda, y ahora a la menor?

Alejandro. Efectivamente, durante un par de años los encantos de Amanda tuvieron todo mi corazón, sin embargo mis intenciones de nada sirvieron y entonces ofrecí lo que su hija Amanda desechaba a otra.

Filiberta. ¿Y tenía que ser precisamente su hermana?

Alejandro. No encontré mejor mujer y no creo que exista alguien como Queta. Tan dulce, tan sincera, tan veraz.

Amanda. ¿Quieres decir que yo no soy así?

Alejandro. Yo creo que los discursos te hicieron mucho daño.

Amanda. De disertaciones y arengas tú jamás entenderás. Eres demasiado instintivo, no razonas más allá de tus pequeñas pretensiones, no conoces el vigor de la política, la habilidad, la estrategia, la diplomacia, todo en aras del continúo mejoramiento de la sociedad y de la capacidad para servir a nuestros conciudadanos.

Alejandro. ¿Ya acabaste?

Amanda. Ah. Qué tipo tan funesto.

Filiberta. Así es la gente, no le hagas caso.

Alejandro. Todo eso de discursos, alegatos y demás, proyectos políticos y promesas no son más que eso, fantasías, palabras al aire, ideas que se quedan en el aire. Yo no creo en nada que tenga que ver con la demagogia.

Amanda. De modo que aunque sabes que mi madre es la presidenta del comité de campaña del licenciado Tristán, dices abiertamente que desprecias todo lo que tenga que ver con este noble oficio.

Alejandro. Todo.

Amanda. ¿Y todavía te enorgulleces?

Alejandro. Desde luego.

Amanda. No esperaba más de ti.

Filiberta. Ya veo.

Alejandro. Yo hace mucho que dejé de esperar algo de ti. Pero no hay que reñir, no tiene caso, ya pronto seremos familia y debemos llevarnos bien, como cuñados.

Filiberta. ¿Y en el matrimonio que usted se propone, muchacho, acaso cuenta con la opinión y sentencia de la madre de Queta?

Alejandro. Señora, por favor recapacite y tenga consideración de mí. No me haga rival del licenciado Tristán. Yo le prometo que mi corazón entero es para Queta y que lo nuestro es sincero.

Filiberta. También lo del licenciado Tristán es sincero.

Alejandro. Lo dudo.

Amanda ¿Quieres preguntárselo tú mismo?

Los mismos y el licenciado Tristán.

Tristán. Acabo de cerrar un pacto político de altísimos alcances sociales.

Amanda. ¿Sí? ¿De qué se trata?

Tristán. Vengo directo del jardín de niños.

Filiberta. Es mejor no hablar aquí de proyectos políticos licenciado, resulta que el joven Alejandro desprecia todo lo que tiene que ver con el arte de la política, y en general, con nosotros.

Alejandro. La política es diferente, yo me refiero a la demagogia, al parloteo, a todo el bla, bla, bla de las campañas.

Y al gasto innecesario de tanto papel y plástico en las calles.

Amanda. Es necesario que la gente conozca a sus guías.

Alejandro. Es más necesario que ese billete se gaste en otras cosas, más importantes.

Filiberta. Sí, ¿cómo qué?, ¿qué es más importante que la democracia?

Tristán. A ver...

Alejandro. Pues que la gente pueda comer. Ir a la escuela, el transporte público.

Filiberta. Tonterías.

Tristán. Evasivas.

Amanda. Yo sospecho que Alejandro es un espía político que quiere apropiarse de nuestros propósitos sociales y proyectos comunitarios para ir con alguno de nuestros contrincantes y darles toda la información de nuestra estrategia política.

Tristán. Ya veo, no me había dado cuenta, es una excelente observación, analítica y profunda.

¿Para quién trabaja usted?

¿Para Díaz, para Franco, para Trujillo?

Alejandro. Ustedes no entienden que nada de su juego me interesa.

Tristán. Para Trujillo verdad.

Alejandro. Jamás entraría a un juego tan perverso como el suyo, el de la política.

Amanda. Calumnias.

Filiberta. No es un juego. Esto es serio, no nos trate como niños.

Alejandro. Se trata de un juego que desgraciadamente afecta a todo el pueblo.

Tristán. Qué clase de necedades dice este joven.

Filiberta. Falso testimonio y mentiras.

Alejandro. La verdad no peca pero incomoda.

Tristán. Qué lejos está usted de entender las causas sociales y el legado político que traemos a cuestas, el sacrificio del día a día y todo nuestro esfuerzo con el único afán de servir a los ciudadanos de este noble pueblo.

Alejandro. ¿Servir?

Tristán. Claro, servir a los demás con nuestro trabajo.

Alejandro. Yo más bien diría servirse de nuestro trabajo.

Amanda. Descaro.

Filiberta. Majadería.

Tristán. ¿Qué lo hace resistirse al oficio político, al bien público?

Alejandro. Yo me resistiré siempre a quiénes quieren el poder a toda costa.

Tristán. Parece un poco confundido querido camarada; mire no se trata de poder; bueno sí, se trata de *poder* servir a los demás. Obtener los votos necesarios para servir a la sociedad, a la comunidad, al pueblo, a la ciudadanía, y para eso se organizan campañas políticas donde cada candidato ofrece a los votantes un proyecto, una idea, un plan, esto es lo que se llama democracia, lo que tanto trabajo nos costó construir como para que un bullicioso radical quiera destruir nada más porque sí, destruir tanto trabajo, y lo que falta todavía.

Filiberta. Nuestro trabajo será, en caso de llegar a la presidencia municipal para todas clases sociales, todos los rumbos, todas las comunidades.

Amanda. Bien dicho.

Alejandro. Lo que no entiendo es por qué no pueden los candidatos, trabajar primero por la comunidad, el pueblo, la ciudadanía, antes de hacerse aspirantes al compromiso de trabajar para servir a la sociedad, a la comunidad, al pueblo...

En fin, yo no entiendo tanto desperdicio de tiempo.

Tristán. Ya veo que usted no entiende muchas cosas y la necedad es su estandarte. Los necios, querido compañero, no llegan muy lejos.

Filiberta. Le hace falta leer mucho para entender cómo se mueve el mundo, para saber que la gente que sirve al pueblo nace y se hace, y que todos los lugares del mundo necesitan líderes, como el licencia Tristán, por ejemplo.

Amanda. ¡Líderes comprometidos con su tiempo y con su gente!

Filiberta. ¡Viva el licenciado Tristán!

Tristán. ¡Viva!

Amanda. Tristán, próximo presidente municipal...

Filiberta. Y próximo yerno.

Tristán. Claro que sí, qué honor.

Alejandro. No señora, no sea cruel con su hija, ni conmigo, por favor.

Tristán. Jovencito, creo que usted perdió la partida.

Alejandro. Señora, por favor, tenga un poco de razón.

Filiberta. Eso es lo que me sobra.

Alejandro. Su hija no quiere emparentar con el licenciado.

Tristán. Nerviosismo natural, perturbaciones preliminares, la emoción, usted sabe.

Amanda. Es natural.

Alejandro. Comprendo nuestras diferencias pero no sea tan obstinada.

Filiberta. Diga lo que quiera, pero esta misma tarde mi hija menor y el licenciado Tristán celebraran su boda.

Alejandro. Veré como lo atraso.

Amanda. No será fácil.

Filiberta. Casi imposible, Amanda ve a buscar al juez para el matrimonio.

Alejandro, Aristo, Queta y Crisalo.

Alejandro. Su esposa, su esposa.

Crisalo. Calma, descansa, toma aire.

Alejandro. No hay tiempo.

Aristo. Siempre hay tiempo, despacio que llevo prisa, dinos qué te pasa.

Alejandro. La señora Filiberta. Ella rechazó mi petición y se ha obstinado en hacer matrimonio entre Queta y el licenciado.

Aristo. ¿Qué carajos le habrá metido en la cabeza ese licenciado?

Queta. No puede ser.

Alejandro. Lo peor es que piensa darte en matrimonio esta misma noche.

Aristo. ¿Esta noche?

Crisalo. ¿Esta noche?

Alejandro. Así es.

Crisalo. Se pone ruda la cosa.

Aristo. Muy difícil.

Crisalo. Pues para contrariarla yo quiere, no quiero, yo impongo que esta noche te cases con mi hija.

Alejandro. Pues ella mandó por el juez para el casorio.

Aristo. ¿El juez?

Queta. No puedo, no.

Crisalo. Pues nosotros llamemos al sacerdote.

Aristo. Hay que ir a la iglesia y apartar la fecha con un mes de antelación.

Crisalo. Pues entonces al notario.

Aristo. No hay notario en el pueblo.

Alejandro. Bueno, pues ya todo está perdido.

Crisalo. No, no dejemos que nos someta esa mujer.

Aristo. Vamos a buscar un plan.

Crisalo. Sí, hagamos algo, que aquí sólo se pierde el tiempo.

Alejandro. Ya volvemos.

VI

Queta y el licenciado Tristán.

Queta. He resuelto, señor licenciado hablar con usted acerca del casamiento que mi madre prepara.

Tristán. El diálogo siempre será un buen método para encontrar las coincidencias.

Queta. Antes de que se convierta en un lío.

Tristán. Escucho.

Queta. Yo sé que usted sabrá entender.

Tristán. Es parte de mi encomienda política.

*Queta. S*é que usted quiere hacerme primera dama, claro en caso de que gane la elección.

Tristán. Estoy seguro que ganaremos, la confianza nos llevará al triunfo.

Queta. Como diga, el caso es que yo lo estimo mucho y sé que las intenciones de mi madre y las suyas son buenas; sin embargo creo que lo nuestro es imposible.

Tristán. ¿Imposible?

Queta. Un corazón no puede pertenecer a dos personas, y Alejandro es dueño del mío.

Tristán. Pues dime entonces qué puedo hacer para que su tierno corazón de niña sea mío.

Queta. Nada, es una batalla perdida, no hay mucho por hacer, realmente esto es definitivo, no puedo casarme con usted.

Tristán. Jamás me daré por vencido. Nunca he considerado una causa perdida, y menos si se trata de un amor, y claro, de un fin político, que me traerá beneficios al corto, mediano y largo plazo. Entienda que usted es una inversión que no puedo dejar pasar.

Queta. Le pido un poco más de respeto y que me mire a los ojos, esto es importante...

Tristán. Sí.

Queta. Esos no son los ojos.

Tristán. Calma, tranquila; pero no puedo dejar estos apasionados arrebatos que me consumen, y tampoco puedo perder la confianza de su madre, no puedo, aunque quisiera retirarme de la oportunidad de una boda tan bella.

Queta. Tenga un poco de juicio.

Tristán. Lo tengo, y más vale que se aliste porque voy por el juez para el casorio; está cerca la hora.

Queta. Creí que entendería; pero ustedes, en su oficio no deducen, no escuchan.

Tristán. No en balde este es mi oficio.

Queta. Diálogo de sordos.

Tristán. Diga lo que quiera que ya se acerca la hora de ir por el juez, alístese, quiero que se vea muy mona, ya es hora, ya es hora.

Crisalo, Alejandro, Queta y Martina.

Crisalo. Me alegro de verte, hija.

Pronto tendrás que cumplir tu deber.

Queta. Sí.

Crisalo. ¿Y por qué tienes esa cara?

Falta poco para tu boda.

Martina. Qué emoción.

Alejandro. ¿Pero qué pasó, por qué esa cara?

Queta. No sé cómo va a acabar todo este lío. El licenciado Tristán se niega a ceder, y mi madre menos da su brazo a torcer.

Crisalo. Por eso mismo quiero ahora darle también una lección.

Empezando por reestablecer a Martina en su servicio.

Alejandro. Caray, está usted muy convencido.

Crisalo. Más que convencido, ahora veo que no hay fuerza humana que me detenga.

Queta. La de mi madre.

Crisalo. ¿Me tomas por un espantadizo?

Queta. No, claro que no.

Crisalo. ¿Ustedes creen que soy un mentecato?

Queta No, claro que no.

Martina. Yo no digo eso.

Crisalo. ¿Me creen incapaz de sostener mi palabra?

Alejandro. No dudo de usted, jamás.

Queta. No, padre mío.

Crisalo. En mi casa debe regir mi voluntad.

Queta. Bien, padre mío.

Crisalo. El jefe de la familia soy yo.

Martina. Ojalá así sea.

Crisalo. Y yo soy quien debo disponer de mi hija y prometo que se desposará con Alejandro, hijo único de don Chucho, ebanista amigo mío.

Alejandro. Así se habla.

Queta. Hay que procurar mantenerlo en este ánimo.

Martina. Yo de eso me encargo.

Crisalo. Veremos si es mi esposa rebelde a mis propósitos...

Alejandro. Ahí viene el juez.

Crisalo. Llegó la hora.

Los mismos y Filiberta, el licenciado Tristán y el juez.

Filiberta. Señor juez, aquí está mi hija.

Te estábamos buscando.

Tristán. Tu hermana fue a buscarte y por los ornamentos del casorio.

Filiberta. No hay tiempo para adornos, lo mejor es que esto salga rápidamente.

Juez. Perfecto. Hagamos el contrato.

Crisalo. Hagámoslo.

Martina. Esto se pone interesante.

Filiberta. ¿Y qué hace ella aquí?

Crisalo. Ha regresado a su puesto.

Filiberta. ¿Cómo?

Crisalo. Así es, la restituí en su sitio.

Filiberta. No estoy de acuerdo y ganas no me faltan de gritarte y gruñir hasta que Martina vuelva a salir de mi casa, pero eso se hará en su momento, pasemos a lo importante.

Juez. Pasemos al contrato, ¿quién es la desposada?

Filiberta. Por su puesto, mi hija menor.

Crisalo. ¿Ve a alguien más que pueda desposarse?

Queta. Yo soy.

Juez. Es sólo para estar seguro, pregunta de rutina.

Filiberta. Esta es y se llama Enriqueta.

Juez. Bien.

Crisalo. Ella misma.

Juez. Perdonarán mi permanencia en la rutina pero ahora sí que lo veo necesario, ¿quién es el desposado?

Filiberta. Yo doy por esposo a mi hija: al ilustre licenciado Tristán.

Crisalo. Mientras que yo doy por esposo a mi hija al joven Alejandro.

Juez. Caray, ¡dos esposos!

Es demasiado, el uso consuetudinario no lo aprueba.

Filiberta. Se empeñan en llevarse un buen regaño.

¿Por qué se detiene señor juez? Le digo que mi yerno es el licenciado Tristán.

Crisalo. Apunte usted que mi yerno es Alejandro.

Juez. Ya veo que ustedes son los padres y que no se han puesto de acuerdo. Sólo les recuerdo que yo cobro honorarios por cada diez minutos de trabajo.

Filiberta. ¡Señor juez haga las cosas como le digo!

Crisalo. Por favor, señor juez, haga lo que le pido.

Juez. ¿A quién debo obedecer?

Filiberta. No quiero irritarme. Haga lo que requiero y acabemos.

Crisalo. No señor juez, haga lo que pido. Es más, prometo recompensarlo con el doble, no, con el triple de su paga.

Juez. No se trata de billete señor, se trata de su hija, póngase de acuerdo.

Crisalo. No permitiré que haya quien busque a mi hija por amor a la grilla.

Filiberta. El amor se dará con el paso de los días.

Crisalo. No hay tiempo para cultivar amor, ellos ya lo tienen bien plantado, Alejandro será el marido de mi hija.

Filiberta. Pues yo quiero que sea el licenciado Tristán. Esto es cosa resuelta y sobre la que está de más discutir.

Crisalo. ¿Es tanto tu empeño?

Filiberta. No sé que maldita mosca te picó pero esta vez me estás colmando la paciencia, esto ya es bastante, te exijo que dejes tus juegos y podamos continuar la ceremonia.

Crisalo. Pues no cesaré de pedirle al señor juez que anote como esposo de mi hija al joven Alejandro.

Filiberta. Te estás ganando un castigo extraordinario.

Crisalo. Ya no me asustan tus amenazas.

Filiberta. Ah, ¿no?

Crisalo. No mucho.

Martina. Todos vemos cómo se burlan las gentes del marido cuya mujer lleva los calzones.

Crisalo. Bien dicho Martina, no estoy dispuesto a más burlas aunque me sigas pellizcando.

Martina. Bien hace el señor buscando para su hija un marido conveniente.

Filiberta. Esto es una conspiración.

Martina. ¿Por qué rechazar a Alejandro, que es joven y de buen ver? ¿Y por qué darle a la niña Queta un viejo parlanchín?

Tristán. Oiga, yo no me llevo así de fuerte.

Martina. Si yo tuviera juventud y un pretendiente de mi edad lo tomaría sin más, no que un viejo chueco y con peluquín.

Filiberta. Te recuerdo que el licenciado Tristán es un líder.

Martina. Pues la niña necesita un marido no un líder social.

Crisalo. Bien dicho.

Filiberta. Tener que sufrir esta bobería, esta calumnia y tanta necedad. Si lo que hacemos no es sólo por el bienestar de nuestra familia y de mi hija, claro está, sino del pueblo en general.

Juez. Cuando se pongan de acuerdo me avisan, mientras tanto voy hacer una escala al sanitario.

Crisalo. No se demoré mucho.

Queta. Y suba la tapa...

Filiberta. Apresuremos esto, y que sea de buen modo.

Crisalo. Lo siento querida Filiberta, pero yo le prometí una hija al joven Alejandro y lo cumpliré.

Filiberta. ¿Le prometiste una hija tuya al joven Alejandro?

Crisalo. Así como lo escuchas.

Filiberta. Se me ocurre que puedo complacerte.

Crisalo. Sabía que tú entenderías.

Queta. Qué bueno.

Filiberta. Que el joven Alejandro tome por esposa a mi hija Amanda, la mayor, que está por llegar.

Mientras tanto que continúe la ceremonia entre el licenciado y Queta.

Crisalo. Bueno, es una oferta...

Filiberta. Es mi mejor oferta.

Crisalo. Esto acomodaría las cosas, qué opinan...

Alejandro. No me deje solo en esta.

Queta. Lo prometiste.

Crisalo. Tal vez sea lo más conveniente.

Queta. Por fin llega mi tío.

Martina. Seguro hizo una escala en la pastelería.

Los mismos y Aristo.

Aristo. Siento interrumpir tan alegre reunión, pero vengo con una noticia en grande.

Filiberta. Tal vez en otro momento Aristo, estamos a mitad de un casamiento.

Aristo. Al respecto es mi noticia.

Alejandro. ¿Es buena?

Aristo. Excelente para nuestra causa.

Crisalo. ¿De qué se trata?

Aristo. Hace un rato mientras almorzaba...

Martina. Su tercer almuerzo en el día.

Aristo. Sí, como sea, acerqué al periódico a mi mesa para tragar las noticias al mismo tiempo que masticaba un excelente asado cubierto con queso, frijoles charros y aderezado con una deliciosa salsa tampiqueña.

Filiberta. Deja de dar el menú y cuenta rápido.

Aristo. El caso es que en una página de interiores se publicó una encuesta.

Crisalo. ¿Una qué?

Aristo. Una encuesta, una pesquisa, averiguación, investigación.

Le preguntan a los posibles votantes, unos días antes de la elección, por quién darían su voto.

Filiberta. Sabemos lo que son.

Crisalo. Ya entiendo.

Tristán. Nada sé de esa encuesta, qué sofisticación.

Filiberta. ¿Y?

Aristo. Creo que no son buenas noticias para su causa.

Filiberta. ¿De qué habla?

Aristo. La encuesta lo sitúa con el menor margen de intención del voto.

Tristán. Son boberías.

Filiberta. No lo creo.

Aristo. Leo textual: "Del total de los encuestados sólo dos personas manifestaron interés para votar por el candidato a presidente municipal del partido del gusanito, el licenciado Tristán".

Tristán. Infamia.

Aristo. De los cinco candidatos a presidente municipal usted ocupa el sexto lugar.

Filiberta. ¿Por qué no sabíamos de esa encuesta?

Tristán. Me pareció intrascendente.

Crisalo. Ya no lo es.

Martina. Ahora sí que lo paralizaron.

Tristán. Esos métodos no son confiables, son empresas poco serias, además, y justamente para ganar votos hay que apresurar esta boda y así conquistar el voto familiar, es lo que hacía falta.

Alejandro. Necesitaría de centenares de votos.

Tristán. Podemos conseguirlos.

Crisalo. Lo dudo.

Filiberta. Tendré que aceptar que tenían razón.

Queta. Podemos celebrar nuestra boda...

Tristán. ¿Y yo?

A mí me prometió salir de esta casa desposado y ahora lo cumple.

Filiberta. No veo como.

Crisalo. Se me ocurre una idea.

Alejandro. ¿Cuál?

Crisalo. ¿Te gustaría desposarte Martina?

Martina. Pero qué broma tan de mal gusto, señor Crisalo, esta vez si que abusó...

Aristo. Esa fue una idea de altísimos alcances.

Crisalo. Je. Sólo era una opción.

Tristán. Ya veo que aquí no tengo porvenir.

Alejandro. ¿Y qué esperamos para continuar la boda?

Queta. Que el juez regrese.

Filiberta. Ya se tardó mucho.

Crisalo. Debe estar echándose un pastelazo.

Alejandro. Seguramente.

Fin de S*abias mujeres*

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: **info@enriqueolmos.com**

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO